

Nº 29.

10. OCTUBRE
1926

PÁGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE
El Día Gráfico.



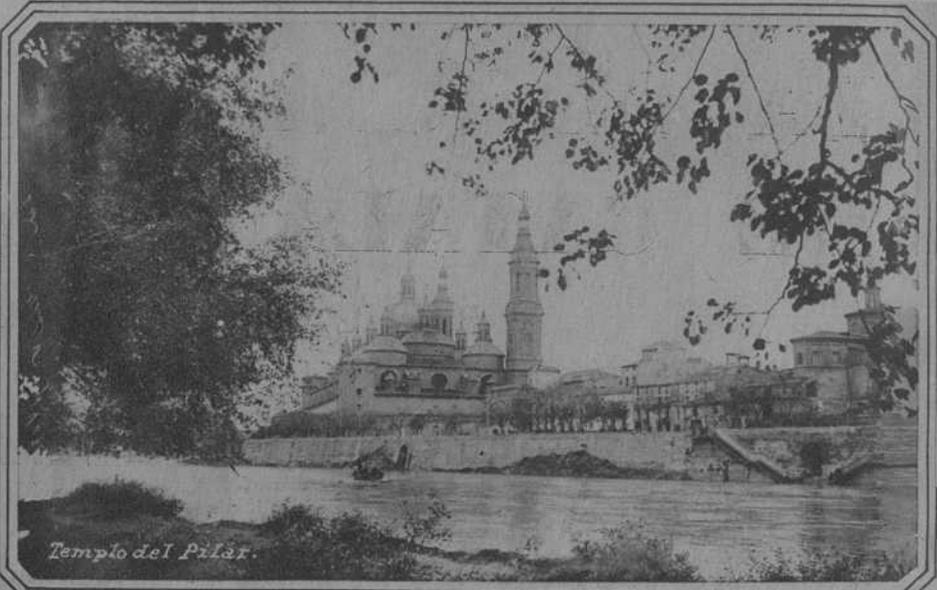
*Las grandes cuadros
de los
Museos Españoles.*

*"Amigas" - Cuadro de
Ignacio Zuloaga, en el Museo
de Bellas Artes de Barcelona.*

Zaragoza.



Interior de
La Seo.



Templo del Pilar.



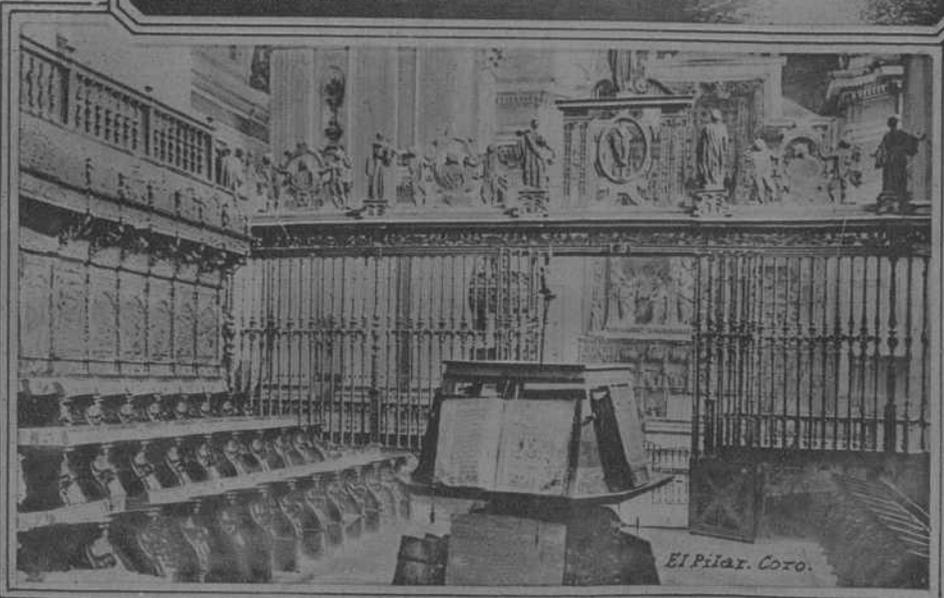
Altar de la Virgen del Pilar.



La silueta de Zaragoza al anochecer.



La Seo. Parte posterior.



El Pilar. Coro.

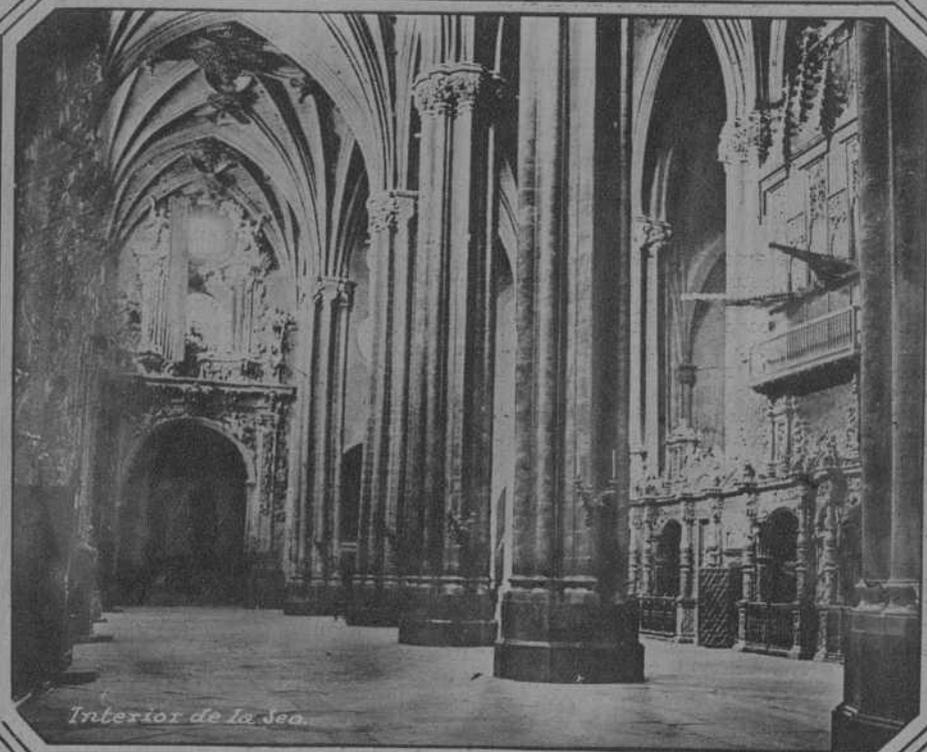
El día 12 celebra sus fiestas Zaragoza, la inmortal, en la que se juntan la Piedad y el Patriotismo. Todo en ella es racial, y por eso su Virgen, sus jotas, su historia, tienen una fuerte vida española.

(Fots. J. Camprubi Catalá y J. Garcia Argilaga).

Laragoza.



*El monumento a los
Mártires de los sitios.*



Interior de la Seo.



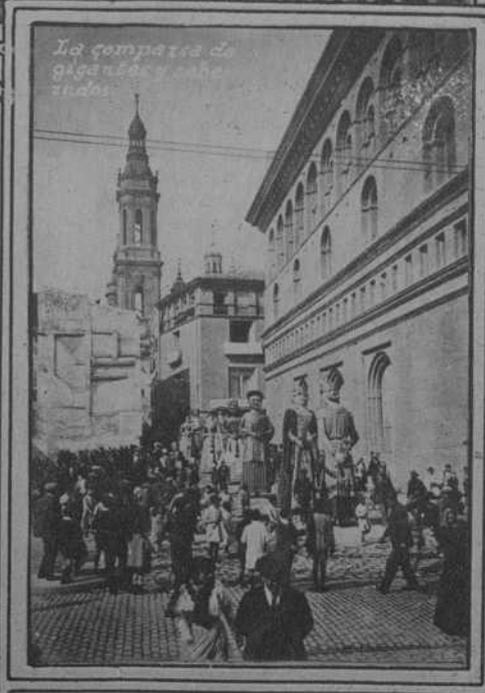
*La histórica Puerta del
Carmen.*



*El canal de
Aragón.*



La Lonja.

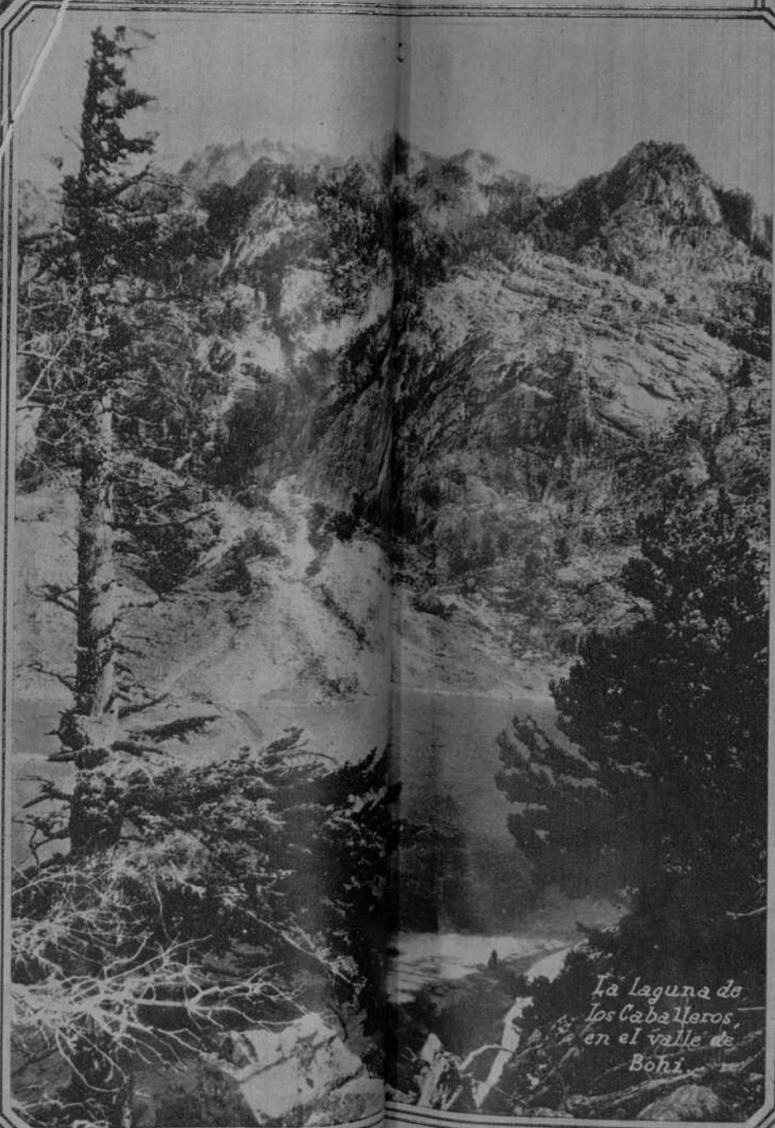


*La comparsa de
gigantes y cabezudos.*

El estanque de "la llebreta" y al fondo el pico d'Eri la vall.

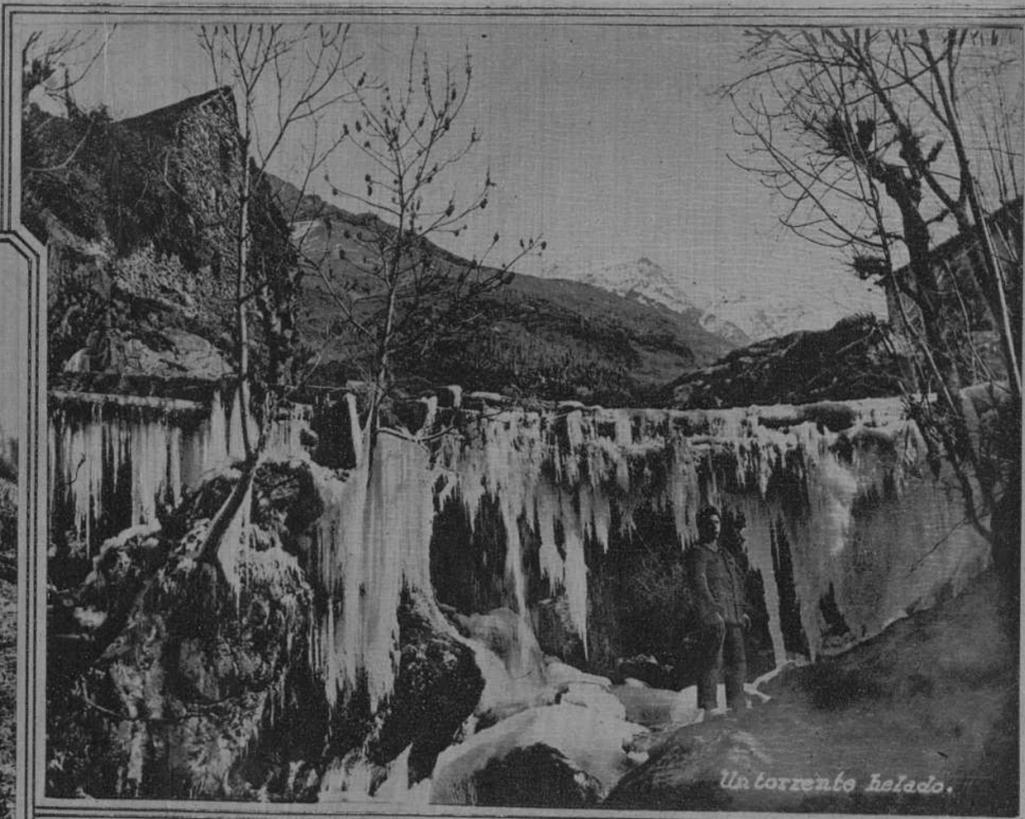


El Valle maravilloso de Bohi.

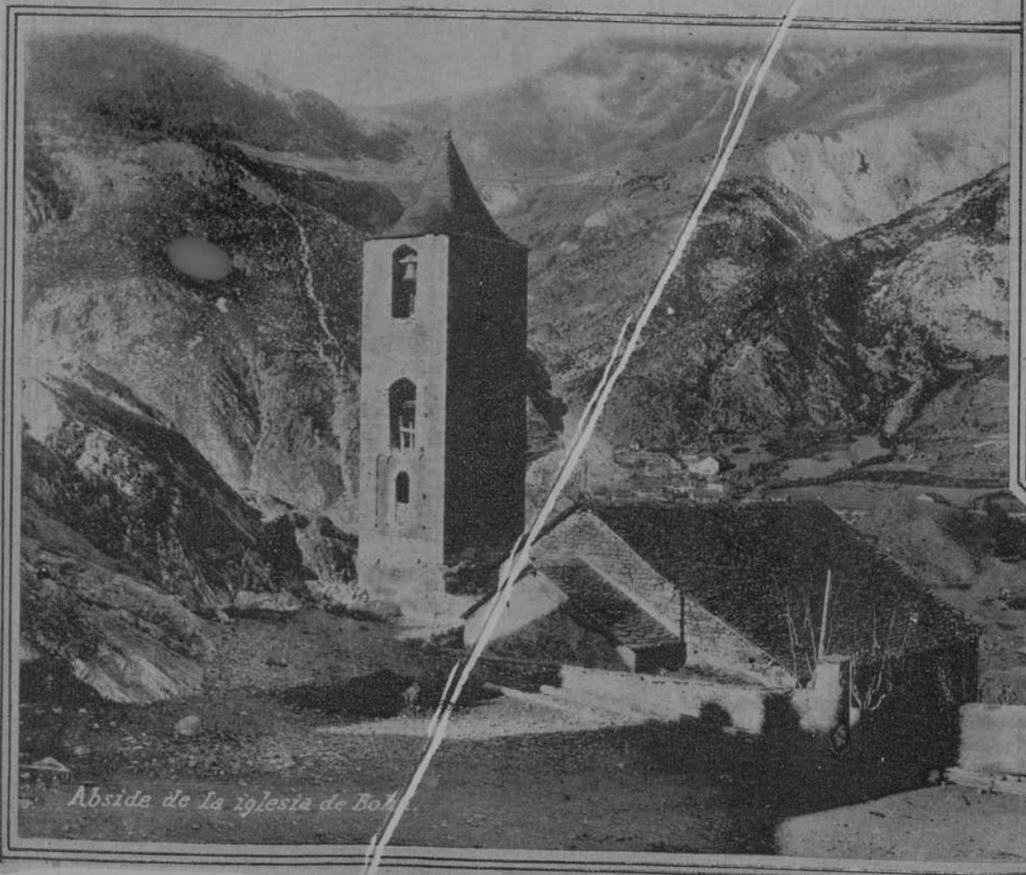


La laguna de los Caballeros, en el valle de Bohi.

Los veraneantes vuelven a sus ciudades y los altos valles pirenaicos quedan en una soledad solemne. Caen las primeras nieves, las primeras heladas cuelgan los blancos racimos de heladas stalactitas. Así, en Bohi, el maravilloso pueblo con sus lagos, sus iglesias románicas, sus albos bonetes de la nieve de nunca desaparecerá.



Un torrente helado.



Abside de la iglesia de Bohi.

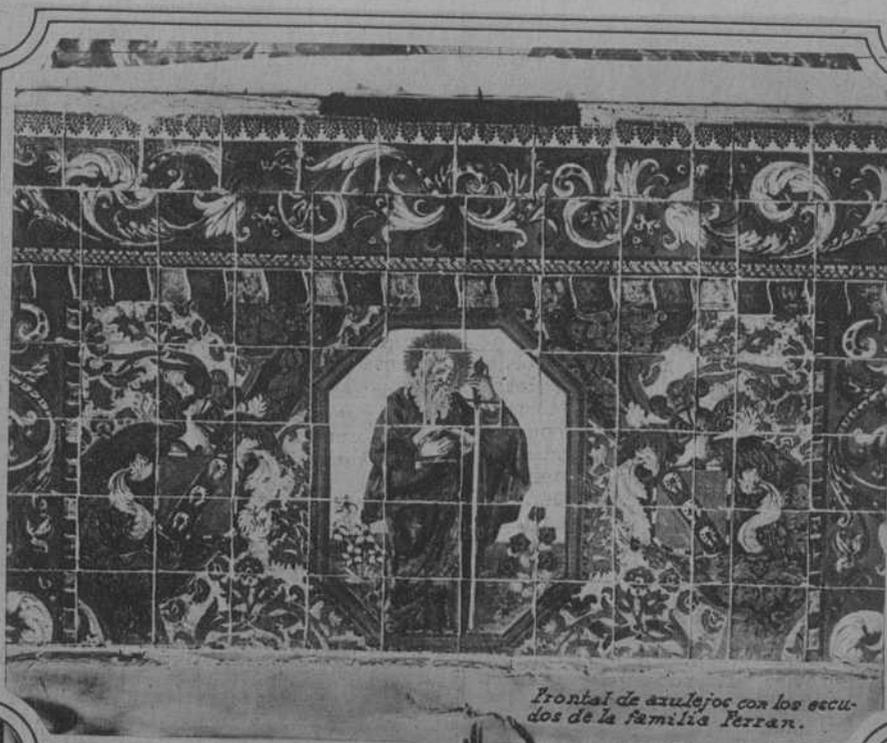


Bohi, y al fondo, la montaña del "Pest de Caldas".

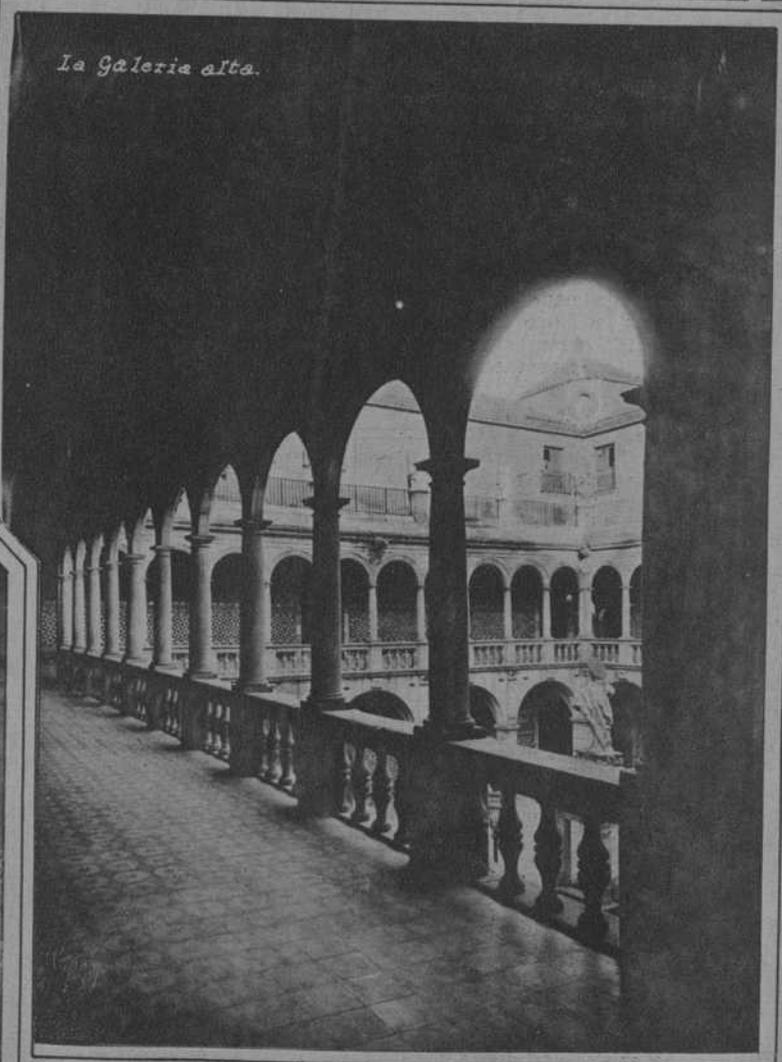
*La Casa de Convalecencia
del Hospital de la Sta. Cruz
de Barcelona.*



Conjunto del patio.



Frontal de azulejos con los escudos de la familia Ferran.



La galeria alta.

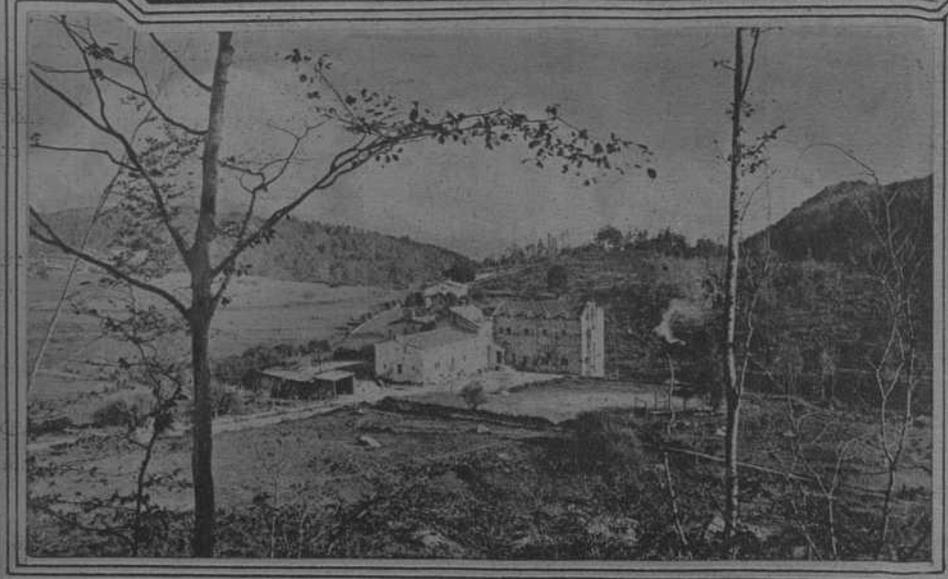
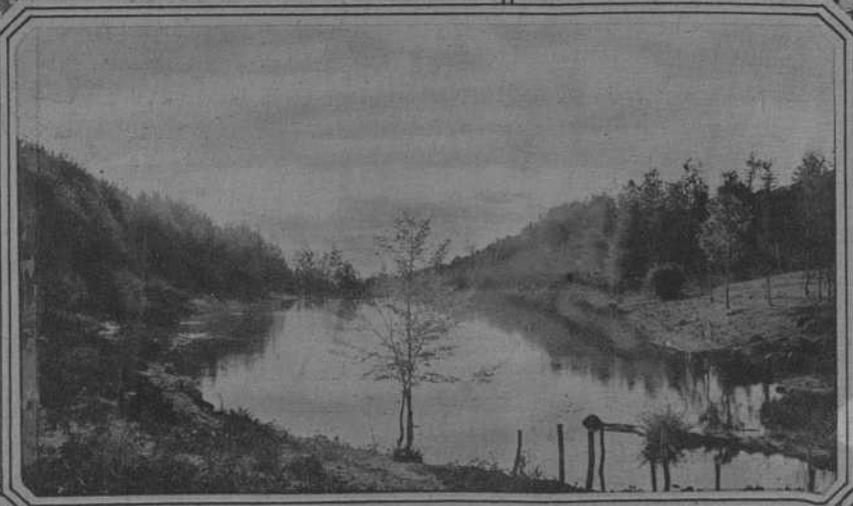
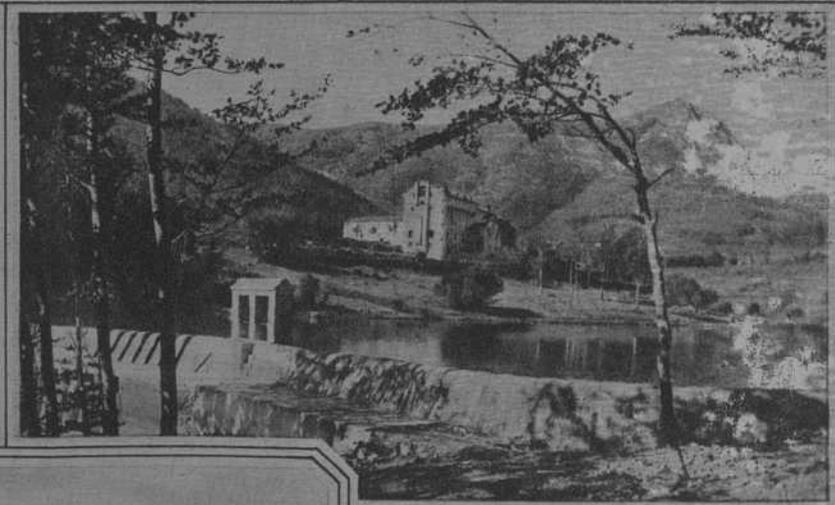
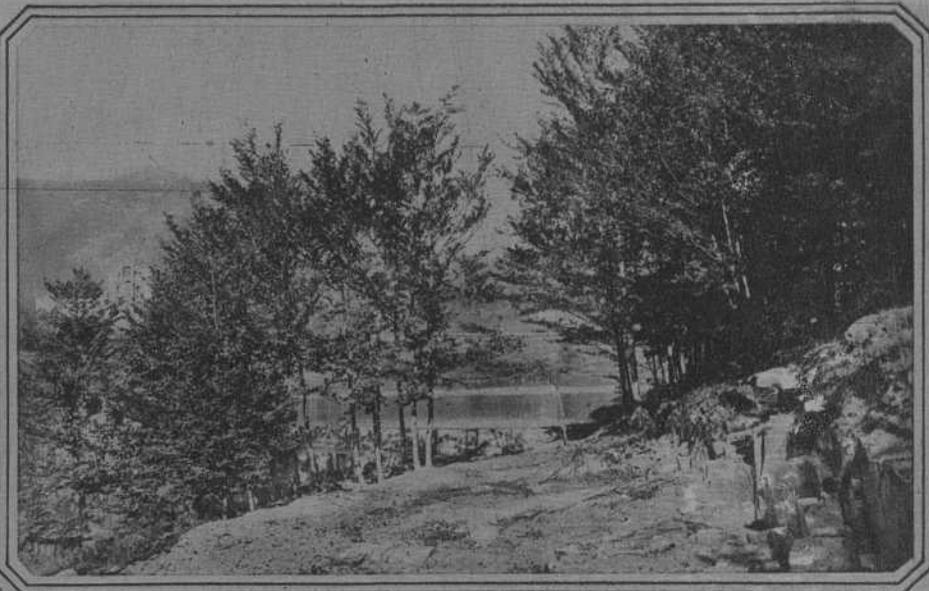
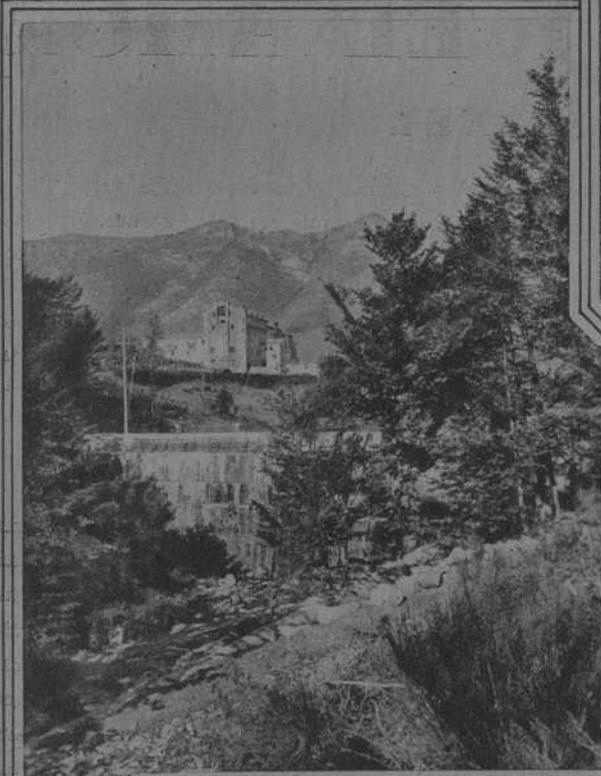


La capilla.

Al legado de un ciudadano, agradecido al Santo Hospital, debe Barcelona, según la leyenda, la Casa de Convalecencia, su más bello edificio del siglo XVII. La colección de azulejos que atesora, es única en el mundo, y en su capilla, joya del arte barroco, Viladomat puso el sello de su espíritu y de su técnica.

(Fots. Arxiu "Mas").

*El pintoresco
valle de
Santa Fé.*



Al repazo del altivo Monseny, el valle de Santa Fé, frondoso y atrayente, ofrece la luminosidad de los paisajes alpinos, al reflejar en las quietas aguas de su estanque, la nevada cima del pico de Les Agudes.

(Fots. Centre E. de C. y Zerkowita).

LAS IMÁGENES
de
CATALUÑA

*El arte gótico catalán
está alcanzando el alto
valor que ya tenía el
arte románico. En estas
páginas queremos dar
muestras de la magnífi-
ca imagería de nuestros
templos y de nuestras
catedrales, comenzando
por esta bellísima vir-
gen románica.*



(Fot. Arxiu Nas²).

LAS VIOLETAS MARCHITAS

Novela corta original de FRANCISCO CARAVACA

I LUZ

... El más fuerte no lo es nunca bastante para perpetuar la dominación si no transforma su fuerza en derecho, y la obediencia en deber...>

J. J. ROUSSEAU

¡Qué divina dicha la del alma cuando camina hacia la luz, vida y belleza de lo creado... ¡Cuando la llama deslumbradora fulge sobre la cima ignota e inaccesible de una cúspide ilusoria, y sus destellos de oro son calor y fe para nues ro espíritu, y no; alienta para proseguir la noble tarea de hacer el bien a nuestro paso por la tierra!...

—¡Qué hermoso es sentirse rodeado de bondades, de indulgencias y de ternuras, fandiendo en una suprema idealidad de amor a la vida hasta el último átomo de nuestras más adoradas ilusiones!... ¡Bendita seas, una y mil veces, luz infinita, y que ella ilumine siempre mis pasos en lo abrupto de la senda del vivir!...

II EL YERMO

«La primera ley de todo ser es conservarse, vivir. ¡Sembráis cizaña y queréis que maduren las espigas!...»

MAQUIAVELO

Tierras del Mediodía, bañadas en el hábito de fuego de un sol calcinador, que despidió sus vahos ardorosos sobre las ilimitadas llanuras, sobre la planicie yerma—hirsuta como facciones rugosas—, de unos campos estériles; que corona de resplandores de púrpura y añil las cresterías de los pelados cerros, que son planos inclinados, sin una ladera de fronda, sin una umbría acogedora...

Todo era aridez en estos páramos como eriales; no rasgaba la monotonía ocre del paisaje, el verdor de los viñedos, de los árboles umbrosos, ni aun el amarillo de oro de los trigos y maizales. Tierras de secano, exhaustas, infecundas por un abandono cruel, en las que sólo florece la densa sábana del áspero esparto, rastrojo vil en la belleza infinita de la llanura.

Todo era claridad en aquel abrasador día de estío. El cielo, sin celajes, aparecía terso, diáfano, profundamente azulado, sin la más leve matización grisácea... A lo lejos, las moles ingentes, picudas y rapadas de los montes, tenían la vida brutal, abrumadora de mundos enhiestos en actitud amenazante, como si intentasen ser peldaños graníticos de nuevos titanes, en un audaz escaló del firmamento...

Clara, muy clara, tan clara como la divina pupila de la mujer amada, en cuyo fondo se refleja la intensidad de toda su vida de vehemencias y apasionamientos; tan clara como la superficie de un lago de acalladas aguas, se aparecía la línea ruda, infinita del horizonte, en interrogación constante e hierática de ignoradas preguntas que jamás el mundo supo contestar.

El día estuoso era bello, con la belleza agreste de la potencialidad racial de un pueblo indolente y soñador que hace de su tedio una nueva aristocracia, casi una religión; la religión del extatismo...

En los campos imperaba el silencio amodorrante de la hora en que el sol acalla con el fuego de sus rayos la voz de la Naturaleza. El arroyuelo ha perdido su exigua linfa; sólo hay guijarros en su lecho arcilloso... La cigarra, en su cobijo de malezas amarillentas, canta su voluptuosidad insatisfecha; y allá, en el límite lejano e impreciso de la carretera—más camino vecinal que carretera—, suena el chasquido del látigo de los gañanes sobre los lomos de las derrengadas mulas de paso tardo y el tintineo adormecedor de sus colleras...

Peró, en el patio de la casona lugareña, de enjalbegadas paredes, de amplia cocina; a la sombra de algunos árboles, había bullicio, alegría; esa alegría sana, francota, propia de una jira, de una comilona campestre al estilo de la tierra. Un gazpacho bien dispuesto por las manos de las mujeres, con todo su acopio de ingredientes y su punto de agrío era, en el concepto de aquellas gentes, como una ofrenda o un festín...

Así lo había comprendido aquel bienhechor de la Humanidad en cuyo obsequio se celebraba la fiesta. A la cabecera de la tosca mesa, sin manteles y pobre de vajilla, se destacaba su figura joven, poderosa como la de un dios menor; noble su semblante, en el que apuntaba ya la huella inexorable del trabajo mental que tanto agota; noble semblante de hombre que rindió culto a la actividad humana, lleno de loables iniciativas; ojos brillantes de mirada profunda, suavemente velada por un constante matiz de benevolencia, como una reversión de su propia mirada hacia lo profundo de su alma... Franco, cordial y sencillo, aquel hombre que tan grandes empresas había realizado, animado siempre de un desinteresado espíritu de bondad y de progreso, tendía ahora sus miradas sobre aquel abigarrado grupo de gentes campesinas: gañanes de crespas pelambrera y miradas aviesas; ancianos de facciones arrugosas con livores de agotamiento y profundidad en la cuenca de sus ojos sin luz, y chiquillos desarrapados y traviosos, que lucían sus carnes morena bronceadas por el sol.

La animación regocijante de una íntima alegría, era en aquellas gentes como la sombra lejana de una tragedia oculta que jamás se revelaría... Una consciencia terriblemente arraigada de oscuros servilismos residía en el fondo de aquellos espíritus hoscros... La necesidad de sentirse pigmeos, siervos, peor aún, esclavos de un poder inexorable, invencible, de una fatalismo inhumano, se hallaba quintaesenciada en aquellas naturalezas que todo lo esperaban de la casualidad como un sedimento de desconocidos feudalismos.

En sus facciones torvas, había la expresión del reconocimiento de su pequeñez, de su ínfima condición de desheredados perpetuos; y unido a esto, por vínculos de sangre y de atavismo legendario, la seguridad de no poder levantarse nunca del polvo de su servidumbre odiosa, el desconocimiento absoluto de sus fuerzas, la carencia total del necesario aliento para vivir... ¡Gentes misérrimas en vuestra propia inercia, abrid los brazos indolentes, levantad vuestras miradas al cielo, y esperad que la Providencia dé a vuestros hijos el pan que vosotros no sabéis ganar!...

El vino negro, áspero y compacto se tragaba de las jarras a los gaznates y el aguache disipador del gazpacho rezumaba ya por los poros de aquellas epidermis cobrizas.

El cuadro era de vivas tonalidades.

III

EL HOMBRE

«Y dijo: Desnudo salí del vientro de mi madre, y desnudo tornaré a ella. Jehová dió y Jehová quitó: sea su nombre bendito...»

VIDA DE JOB

Sus padres fueron muy pobres, y su origen, por ende, muy humilde. Deslizóse su niñez dentro de un sano ambiente de trabajo, sin recibir sobre su frente infantil el hechizo de las dulzuras de que disfrutaban otros niños. Sólo vió campos inmensos, profusamente sembrados, en los cuales, unos hombres jóvenes y viejos, de callosas manos ennegrecidas, laboraban la madre tierra con tesón ciclópico, sometidos a un yugo de caciquismos abominables... Vió cómo, hombres robustos y trabajadores cultivaban un terreno, de sí fecundo para producir cómo mil y ganar sólo una miseria. Esto fué allí en las tierras catalanas que le vieron nacer. Vió también todo el respeto servil de algunos seres paupérrimos ante un colono despota, decrepito y malvado...

Todo aquello fué formando en su alma de niño, primero, y de hombre después, un anhelo firmísimo de plena emancipación de su ser y de su esfuerzo, forjando en su mente la idea consoladora de poder liberar algún día a un buen puñado de hombres, en desquite de todo lo sufrido por todas aquellas jóvenes naturalezas que sucumbían uncidas al yugo de una fuerza desconocida.

De niño, la naturaleza fué pródiga en encantos para él. Sin embargo, su espíritu no era infantil: en aquella alma que se iba formando lentamente, había toda la dulce gravedad de un hondo sufrimiento: la pobreza.

Y luchó, luchó intensamente, sin desmayos, sin altos en la ruta, en su hermosa ruta; emprendió grandes empresas, fomentó industrias, creó fábricas, talleres; por las estrechas paralelas de hierro, llevó la vida a los rincones de la vieja España...; nada fué perdido. Cinco veces se vió al borde de la ruina—siempre por la traición de los hombres—, y cinco veces su espíritu férreo, su voluntad indómita, se irguió potente, venciendo, venciendo siempre...

Y aquellas luchas, aquellas violentas alternativas de la vida de los negocios, lejos de crear en él un ser materialista, endurecido por el oro acumulado, plasmó dentro de su alma un ser noble, desinteresado, leal a sus propias doctrinas, un idealista, en suma, que pretendía modelar en lo granítico de la contextura moral humana unos hombres libres, libres como el pensamiento, libres como él libertó su propia vida, antes de que cayese entre las garras del servilismo.

IV

LA FORTUNA

«Yo, exploto aquellas cosas que no tienen más alma ni más vida que la que yo les doy...»

EL

Puede decirse que entonces fué cuando la vida le reveló el secreto de su propia existencia, y le mostró el sendero que más tarde había de seguir para llegar a la ansiada opulencia... ¡Y esto a los diez años!...

Sí, sólo diez años tenía Miguel, cuando la vida le señaló el rumbo cierto...

Allá, en el aquel pueblecillo de los campos catalanes, el muchacho vivía con sus tíos en una «masía». El pequeño Miguel les ayudaba en las rudas faenas del campo, con aquella su pequeña actividad de muchacho bien dispuesto para todo.

Un acontecimiento, pueril si se quiere; pero grande en su significación, en su trascendencia, fué el origen de una fortuna inmensa, cuya historia queremos relatar...

A la edad de diez años, el niño ya siente la necesidad de una amistad, de una amistad sincera, infantil, que rara vez se logra hallar después, ya de hombre.

Roberto, el amiguito de Miguel, tenía su misma edad aproximadamente, iguales gustos, idénticas aficiones; por lo tanto reinaba entre ellos una simpática afinidad. La diferencia esencial que existía entre Miguel y Roberto, no era sino que mientras el primero era un muchacho pobre, que sólo podía llevar alpargatas y un pantalón de pana, el segundo era rico; vivía en una casa muy grande y muy hermosa, en tanto que Miguel dormía, las más de las veces, en el pajar. Esta diferencia, a pesar de ser considerable —aún en esta temprana edad—, permanecía encubierta por el vínculo de esa sencilla y firme amistad de la niñez. Por otra parte, Miguel era demasiado soberbio para haber sentido jamás envidia de las comodidades de su amiguito. Además, Roberto era tan dulce, tan cariñoso en su trato... Y sin embargo, había siempre en sus ademanes, en su aire mismo, un algo de inconfundible superioridad, como de privilegiado. Sus mismos cabellos rubios, rubios como los de Miguel, no eran tan crespos como los de éste; sino que, alisados, planchados sobre su cabecita parecían de un oro viejo...

No obstante, un incidente sencillo, hubo de crear, cierto día, un antagonismo entre ambos muchachos.

La cosa pasó como sigue:

Era el mes de mayo, y las familias de Roberto y de Miguel, respectivamente, acordaron que los chicos habían de celebrar en aquel mes su primera comunión.

Aquí hizo su primera aparición ostensible las diferencias de condición que habían entre los dos muchachos. El mismo templo, el mismo sacerdote, todo, al parecer, igual para Roberto que para Miguel, todo menos los vestidos del uno que eran burdos, miserables, y los del otro que eran flamantes, nuevos y ricos: todo igual, si se exceptúa que para el uno, Roberto, el altar donde se celebró el divino sacrificio estaba profusamente iluminado y cubierto de flores, en tanto que para Miguel sólo lucieron algunas luces mortecivamente, rasgando apenas las penumbras del templo de altas bóvedas.

La víspera de la celebración de la ceremonia, Roberto, con aquella su encantadora ingenuidad y nobleza de carácter, dijo a su amiguito:

—Miguel; mañana vendrás a mi casa... Mamá me lo ha dicho... Tendremos dulces, y yo quiero que estés a mi lado...

—No, no—respondió Miguel, dejando asomar el primer gesto de rebeldía orgullosa de su vida—; no iré... no iré.

—¿Por qué, tonto?...

—¿Porque no!—repuso el muchacho tercaamente.

—¿Si mamá quiere!...—dijo Roberto alborozado.

—Sí, sí; pero yo no iré...

—Sí, sí vendrás... Yo quiero que vengas. Me enfadaré contigo.

Discutieron y la amistad venció la repugnancia de Miguel.

—Bien—dijo al separarse de su amigo—: iré si quieren mis tíos.

Al día siguiente se celebraba la ceremonia. Roberto lucía un hermoso trajecito de lana blanco, y de su brazo pendía el lazo con fleco de oro. Por el contrario, Miguel, iqué diferencial, toscamente vestido con una chaqueta de pana, sin lazo, descubierta la cabeza, mostraba en su aire compungido todo el dolor de su pobre condición.

Cuando salieron ambos de la iglesia, Roberto separándose del grupo formado por su madre, sus hermanas y las vecinas del pueblo, abrazó a su amigo diciéndole con una fina sonrisa:

—¿Verdad que vienes conmigo?

Miguel guardó silencio emocionado a su pesar. Sentía gran turbación; las lágrimas afluan a sus ojos...

Se coituvo.

Y cogidos del brazo, el niño pobre y el niño rico, llegaron a casa de Roberto. Allí, sufrió la primera humillación. La madre de Roberto le hizo aguardar en el zaguán de la casa y después de algunos minutos de espera, llenos de ilusión, apareció una criada con un paquete en la mano y dándole a Miguel, le dijo:

—Toma pequeño... Estos dulces son para ti... ¿Sabes?, dentro hay mucha gente, invitados, ¿comprendes? Toma y márchate. Tú no puedes...

El muchacho sintió como si un cuchillo desgarrase su pecho e hiriese su corazón. Rojo de vergüenza, tomó el paquete, y, confuso, colérico abandonó aquella casa que no volvería a pisar en su vida.

Caminó inciertamente, dando traspiés como entontecido, sin comprender lo que le sucedía. Sentía nacer en su alma infantil un sordo rencor contra la humanidad entera que le arrojaba de su lado; y viendo el envoltorio en sus manos, lo tiró lleno de ira contra una tapia, diciendo

—¡Embustero!...

Durante algún tiempo, vagó al azar, por medio de los campos, herido su orgullo. La humillación recibida adquiría cuerpo y proporciones desmesuradas en su pensamiento... ¡Era pobre!...

Caminó, caminó sin cesar y de improviso se encontró bajo la fronda de un gran árbol. Cediendo a sus instintos de chicuelo, trepó ágilmente por el tronco rugoso hasta llegar a la copa del árbol. Allí prendió su cuerpo como pudo de las potentes ramas, y dando rienda suelta a su dolor, derramó muchas lágrimas. Era el llanto de su infantil altivez herida.

Primero, fueron calladas lamentaciones, sofocadas por un resto de pudor; después, en un estado de inconsciencia, gritó, masculó las palabras, en un torrente de frases toscas, pero expresivas de toda su cólera infantil. Por fin vino la reacción, la terrible reacción, de todo su ser, y pálido, horrorosamente pálido, enmudeció...

Durante un momento, el muchacho, encaramado en lo espeso del ramaje, tendió su mirada hacia aquellos campos que le eran tan queridos, como si los viese por primera vez... Después, fijó la mirada al pie del árbol, y allí vió... ¡un hombre!...

Era un anciano. En torno a su calva reluciente nimbaba una corona de blancos cabellos... ¡Y aquel hombre lloraba!...

Miguel se sintió avergonzado, y apresuradamente descendió del árbol. Al poner los pies en tierra, el anciano aquel le miró admirativamente y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Miguel—respondió.

El anciano guardó silencio unos instantes. Después dijo:

—He oído tus quejas, Miguel, tus lamentos... ¡Tú eres todo un hombre! ¡Tú serás poderoso! El mundo te ofrecerá sus escollos. Pero, oyeme; tú vencerás, vencerás siempre.

—Y usted ¿quién es?—preguntó el muchacho.

—Yo... yo soy un viejo.

El viejo siguió hablando con voz persuasiva, llena de grave autoridad. Su semblante era noble, augusto... Era un viejo patriarca.

Y apoyándose en el cuento de su nudoso cayado, el anciano caminó, caminó...

Miguel, mudo de sorpresa, le seguía, fija su mirada en aquel rostro venerable. La tarde descendía lentamente y las sombras empezaban a oscurecer el campo.

Llegados a una especie de colina, el viejo empezó a ascender lentamente. Miguel se detuvo atemorizado, confuso. El viejo seguía ascendiendo, y las sombras borraban ya su figura.

Y ya en la cima del promontorio, tendiendo sus brazos en cruz, el viejo con extraña entonación gritó solemne:

—¡Tú vencerás, tú vencerás!...

El eco repitió varias veces las frases sacramentales... «¡Tú vencerás!»

Se hizo de noche.

A partir de aquella tarde, Miguel fué poderoso.

V

LA FIESTA

«Mozos fueron primero los que ahora son hombres...»

SENECA

La fiesta que se celebraba en aquel rincón, tenía un bello precedente. Algunas semanas antes se había inaugurado una línea de treinta kilómetros de ferrocarril. El ferrocarril en cuestión, cubría una buena parte de aquellas tierras llegando hasta el pueblo próximo.

Cuando el convoy, engalanado con flores y banderas, hizo su primer recorrido, llegando felizmente a la estación de destino, después de haber cruzado los campos en una avalancha de vida, don Miguel, que se hallaba rodeado de ingenieros, autoridades de la provincia y alto personal de la línea, fué calurosamente felicitado por el éxito de su empresa.

Aquel ferrocarril, lo había construído él.

Se pretendió obsequiarle; pero don Miguel rechazó todo convite. Quiso más bien recogerse en la intimidad de su propio contento; por primera vez en su vida se sintió avaro de su propia alegría.

Y lo rechazó todo...

Sólo quiso aceptar aquel convite en el campo; sin homenajes, sin discursos oficiales, sin ningún género de aparato, sino sencillamente, una merienda campestre donde al lado de los humildes respirase la escondida dicha de su júbilo inmenso.

VI

MARIA

Un perfil vigoroso de silueta
[decorativa]
Ojos avellanados de mirada discreta
[y pensativa]

C. G. MARIN

Negros y brillantes eran los ojos de la moza; su rostro moreno, acariciado apasionadamente por los ardores del clima, mostraba las huellas de un cansancio prematuro. Su cabello, como sus ojos, era negrísimo, rizado, brillante como ébano bruñido, y en la inflexible e indolente ondulación de su talle, había la ductibilidad languideciente y voluptuosa de una tigresa enervada...

Maria era la hija del dueño del cortijo.

Era hermosa, con una hermosura agostada, doliente, como marchita, atemperada por las miserias entre aquellas gentes pobres, pobres como aquellos yermos, donde todo moría abrasado.

Graciosa, rítmica, la bella muchacha había servido durante la comida a don Miguel, con gran solicitud, puestas sus miradas ar-

dientes, soñadoras, en el rostro impasible de aquel hombre. Después, cuando la comida ya tocaba a su fin, María desapareció del grupo.

Afuera de la casona un carruaje tirado por dos mulas cascabeleras, aguardaba a los «señoritos» para conducirles a la próxima estación.

El vino engullido durante la comida turbaba y ensombrecía los pensamientos y las expresiones de aquellas gentes. Hacía un calor inmenso. Un vaho ardiente envolvía aquel grupo de hombres y mujeres, rodeando una larga mesa de pino. Durante la comida, don Miguel habló pocas veces, con sus acompañantes, y cuando lo hacía, todas las miradas se ponían en él, como si fuese un oráculo délfico e incontrastable poder.

Llegó por fin el instante de la partida, y don Miguel quiso premiar la solicitud de aquellas gentes repartiéndole entre ellas algunas monedas de plata.

—¡Dios bendiga al señorito!—masculló alguna voz entre veladuras de vapores vinosos y enronquecimiento de emoción.

Y de improviso, abriéndose paso a través del grupo, apareció María, la cortijera. Venía sofocada, jadeante... Su rostro, pálido de continuo, ofrecía ahora la magnífica coloración de dos opulentas rosas en sus mejillas de marfil...

Anhelosa la respiración, agitándose su pecho exhuberante en un ritmo de cansancio, María se plantó en medio del corro, y encarándose con don Miguel le dijo, ofreciéndole un ramo de violetas que acababa de coger:

—Usted perdone, señor...; pero es el caso que yo quería ofrecerle unas flores... ¡Pero esta tierra es tan mala!... Tome usted estas violetas, que es lo único sano que he podido encontrar isomos tan pobres!...

Don Miguel tendió la mano y cogió el ramo de violetas. Aquellas flores fruto de una tierra infecunda, estaban marchitas, ajadas. Sobre sus finos pétalos ostentaban el amarillo pálido de la vejez; las hojas se inclinaban languideciendo, y el aroma era desvaído, pobre... Carecían de la frescura de esas otras violetas, flores humildes, simbólicas de una sencillez aristocrática... ¡Estaban marchitas!

Al contemplarlas don Miguel, al aspirar su exhausto perfume, la voz de María, dulce y armoniosa, dijo:

—Esta tierra todo lo da igual... Hasta las flores se marchitan antes de arrancarse...

Sonrió tristemente don Miguel y guardó silencio. Aquellas flores tenían para él una gran fuerza representativa. Su espíritu veía una clara analogía entre los pétalos ya marfileños de aquellas florecillas y los rostros demacrados, enjutos, ceceños y agostados de aquellas gentes.

La tierra era igualmente ingrata para las flores y para los hombres. Las flores tenían la misma expresión dolorida, como quebrantada que aquellos rostros, en los cuales no respiraba el vigor, la salud de un trabajo ópimo, sino que, hundidos en la obscuridad de sus vidas de miseria, laborando una tierra falta de agua, por la que aún no había cruzado la avalancha saludable del progreso, veían sucederse los días en una concatenación ininterrumpida de inercia sobre inercia, de esterilidad sobre esterilidad...

Y aquel hombre bueno, honrado, llegó a sentir lástima, profunda compasión por aquellas flores y aquellas gentes, iguales en su pobreza de color en su falta de tersura, de aroma, de vitalidad...

¿Por qué aquellas flores, obra del Infinito, habían de perder todos sus atavíos, todas sus fragancias, todas las bellezas con que el Creador las dotó en su altísima sabiduría? ¿Es que la tierra era maldita?... No; la tierra era infecunda, era pobre, porque nadie la cultivaba, porque nadie ponía sus desvelos y sus atenciones para hacerla producir; porque nadie hundía el puñal de sus arados en su entrañas, para hacerla rezumar por sus arterias, por el surco toda la savia que ate-

sora; porque nadie bagaba su seno, ni removía sus aridices, ni cortaba los rastros; porque nadie sentía en su alma el divino anhelo del trabajo; porque el progreso aún no había cruzado por aquellos páramos desolados que morían de asfixia bajo la ruda caricia de un sol demasiado fuerte...

Y si todas aquellas gentes abandonaban así su patrimonio, ¿No podría él dar jugo, vida y color a aquellas flores, a aquellos rostros quemados y al semblante apagado de la hermosa María, tan dulce, tan graciosa?...

Estas reflexiones pusieron en el alma de don Miguel la inquietud suprema, el alborar de una nueva obra llena de promesas... Con el pomo de violetas en su mano, sonreía, sonreía, y su mirada se posaba acariciante sobre las mejillas ruborosas de María...

Afuera sonaban los cascabeles de las enjaezadas mulas que tiraban de la calesa, y en tropel salieron todos hasta la puerta del caserío.

Allí, nuevamente apretones de manos, frases de gratitud, renovando promesas...

Momentos después el carruaje se perdía entre la línea confusa de la polvorienta carretera...

Y don Miguel se hacía esta reflexión: —¡Qué lástima! ¡Es tan hermosa María!... ¡Pero las violetas están marchitas!...

VII

LAS VIOLETAS MARCHITAS

«La Tierra era riente en su primera flor...»

BAUDELAIRE

La luna lucía su bruñido disco de plata nítida en el negro fondo del cielo, surcado de puntos brillantes, dispersos, como polvo de oro...

El convoy rápido como el desfile de una pesadilla, iba cruzando los campos castellanos con dirección a Madrid. La noche tíbiamente perfumada tenía en las llanuras desiertas la quietud magnífica de una muerte o de un sueño. Refulgían los árboles y los ramajes al herirlos la luz lunar, y el tren pasando raudó junto a ellos, los envolvía en la negra nube de humo que el monstruo rugiente arrojaba por sus dilatadas fauces.

En el lujoso «break» de su propiedad, donde siempre solía viajar, más que por ostentación, por comodidad, junto a la abierta ventanilla y admirando la belleza infinita de la noche primavereña, don Miguel iba saboreando con delectación la grata impresión recogida de aquellos lugares que había dejado algunas horas antes.

En la rápida marcha del tren, el viento que penetraba con violencia por la abierta ventanilla, producía la sensación grata y dolorosa a un tiempo, de heridas como alfilerazos que le punzaban el rostro... Jamás había experimentado esta sensación. No era la brisa, un tanto violenta de la noche, sino el estado de su espíritu que sentía una extraña mortificación. Recordaba aquellas gentes con emoción paternal, con gran benevolencia y consideración por sus pobres vidas, sus miserables vidas de eternos desheredados... ¿Eternamente? ¿Sería posible que jamás, jamás pudiese tener vida aquella tierra, vigor aquellos rostros y aroma aquellas dolientes violetas? No; no era posible.

Y en la soledad de su lugar de retiro, arrullado monotonamente por la estridencia igual siempre del convoy rodando sobre los rieles, don Miguel, alma soñadora, quiso soñar...

El recuerdo de aquellos rostros demacrados, la palidez acentuada de las mujeres, todo lo que había de agresivo, de feroz, de salvaje en aquellos hombres que vivían dentro de la mayor indigencia, arrebatando a la tierra la parte más exigua de su rica vena; todo lo que había de rudo, de barroco en aquel cuadro de audaces tonos, todo esto lo recordaba ahora con una sensación de melancolía y amargura.

Parecía que allá, en la planicie rasa del firmamento veía aparecerse uno tras otro a

todos aquellos seres de leyenda, de una bárbara leyenda racial que hablaba de incultura, de abandono y de pobreza... Veía sus brillantes pupilas cómo se adormecían languidamente después de haberlas fijado insistentemente en él; y veía cómo aquellos labios mudos se abrían muy lenta, muy soñadoramente para pedirle algo, uniendo la palabra al gesto, a un gesto semi hosco, pero comprensible...

Y después, ¡aquellas flores!... ¿Por qué aquellas flores no habían de tener todo el aroma, todo el encanto que merecían? ¿Para qué le servían todos sus millones? ¿No los quería para libertar vidas de yugos opresores?... Pues bien; él libertaría también a aquellas flores de la anemia que se había adueñado de su débil raigambre... Las libertaría; sí; pero ¿cómo? ¿Qué podía hacer él, pobre ser humano, contra la naturaleza, contra la incuria de millares de manos muertas para el trabajo; contra la falta de elementos agrícolas que hiciesen de aquellos páramos, de aquellas llanuras peladas grandes vergeles donde brotasen violetas tímidas, humildes como el beso de una niña, pero llenas de belleza, como este beso?...

¿Qué era preciso para conseguir todo aquello? Era preciso que el progreso, que los adelantos y la mano del hombre de la ciudad vivificasen aquella existencia inerte. Era preciso construir un ferrocarril...

La empresa era mala; el triunfo, dudoso... La ruina se cernía tras los límites del proyecto...

VIII

EL PRESIDARIO

«No todo lo que parece verdad lo es...»

ARISTOTELES

Al principio, las obras fueron adelantando lentamente, muy lentamente. La empresa era de suyo harto difícil y se avanzaba poco. El dinero invertido en las primeras obras de roturación, delineación y contención de las tierras, ascendía ya a centenares de miles de pesetas...

Durante el curso de las obras del tendido de la red, ocurrió un singular incidente que avivó en mi espíritu la idea de proseguir la empresa comenzada, como un presagio feliz que me auguraba excelente resultado. Es el siguiente:

Hallándome cierta mañana en las obras, un hombre se me acercó, descubierta su hirsuta cabeza, y con voz trémula, balbuciente, imploróme que le diese trabajo.

—Estoy muy necesitado, señor—decía—; no tengo recurso alguno... me moriré de hambre si usted no me ayuda... Soy fuerte y quiero trabajar...

Su acento era tan sincero, que me conmovió desde el primer instante.

—Bien; ¿quieres trabajar?... ¿Por qué no te has presentado al capataz de las obras?—le dije—. El te hubiera dado ocupación?... ¿Qué sabes hacer tú? ¿Para qué sirves?...

—Soy fuerte señor, y eso es todo... ¡Tengo hambre y quiero trabajar!... Esta mañana me presenté al capataz—añadió confuso—; pero no me ha querido admitir al saber quien soy...

—¡Qué extraño!... ¿Pues quién eres tú? le dije, extrañamente sorprendido de sus palabras.

El hombre aquel, se turbó profundamente. En su rostro, de escusados resgos, en su rostro adusto, desagradable, apareció la sombra penosa de un recuerdo doloroso...

Vaciló un momento, bajó la cabeza y después, con voz alterada dijo:

—¿Quién soy yo?... ¡Ah!, usted quiere saberlo, y, sin embargo, cuando lo sepa, seguramente me arrojará de su lado, como el capataz esta mañana... ¡Es preciso que lo diga, verdad?... Bien; soy un licenciado de presidio... Acabo de cumplir diez años de condena por un delito que cometí en un momento de ceguera... diez eternidades es-

pantosas, que pesan sobre mi espíritu de un modo terrible... He pagado mi deuda a la justicia de los hombres, y ahora quiero ser bueno, honrado; quiero ganarme la vida con mi trabajo... Pero el capataz de sus obras me ha echado como a un perro, negándose a darme trabajo... ¡Con la falta que me hace!...

Durante un momento, miré fijamente aquel semblante, que guardaba las huellas de grandes sufrimientos... Di una palmada en el hombro de aquel hombre y le dije:

—Eueno; me pareces un hombre honrado, a pesar del presidio... presentate de nuevo al capataz y pídele trabajo... Si se niega, dile que yo lo mando...

El hombre aquel, me dió las gracias lleno de emoción, y gozoso, se presentó al encargado de las obras.

Media hora después el capataz, extrañado de mi mandato, quiso hacerme algunas consideraciones:

—Ese hombre, no puede ser admitido—dijo—¡Es un presidiario!—afirmó escandalizado.

—Lo sé, y tanto mejor, puesto que es más desdichado... Ese hombre debe vivir, quiere trabajar, puede trabajar; nada más justo que se le dé trabajo...—dije.

—Pero es que los demás obreros no querrán trabajar en su compañía—insistió el capataz.

—¡Yo, el que no esté conforme, puede abandonar el trabajo cuando quiera... En una palabra: yo lo quiero y eso basta!—

Y el capataz bajó la cabeza y obedeció mis órdenes.

Aquel infeliz, encontró en mí lo que tantos otros le habían negado... Quiso trabajar y trabajó...

Siempre recordaré sus facciones, puesto que a este hombre debo la mayor, la más sublime emoción de mi vida... Tendría unos cuarenta años, o quizá más; bajo, enjuto de carnes, pero fornido... Su mirada no tenía nada de tranquilizadora... Todo en él era repulsivo, inspiraba desconfianza, temor...

Sólo su voz, era suave, persuasiva, con acentos de humildad o de hipocresía...

Y sin embargo...

Durante algún tiempo trabajó en las obras del tendido de la línea, con una laboriosidad y esfuerzo verdaderamente notables.

Uno mañana calurosísima, hué de realizar una revisión de trabajos en lo avanzado de la línea, y llegadas las doce de la mañana, me dispuse a descansar allí en el campo, a la sombra de los olivos, en lugar de regresar al pueblo bajo los ardores de un sol calcinador.

Momentos después de abandonar los trabajos sus tareas, la terrosa chaqueta al hombro y secando el sudor con sus pañuelos azulados, fueron formando pequeños grupos diseminados acá y acullá, buscando la fronda de los olivares, y comenzaron a engullir sus yantares, pobres y escasos...

En un lugar algo distante del centro de aquellos grupos, habíame cobijado yo, a la sombra de un grueso árbol. Y a pocos metros de distancia, sentado en una piedra, el presidiario roía lentamente un pedazo de pan, y de cuando en cuando llevaba a sus labios la bota del vino.

Al verme, se alzó respetuoso, y después tornó a comer. El calor era verdaderamente abrasador... Una ola de fuego surgiendo de las entrañas de la tierra reseca... Y después de un rato, en que se oyeron las risotadas de los obreros terminando su comida, el trasegar cantarino, del áspero mosto, de la bota a sus áridos gaznates en un glu-glu musical, el silencio se adueñó del campamento

aquel, y uno tras otro, todos aquellos hombres fueron tumbándose sobre la roña tierra, arrojando la cabeza en una piedra.

El presidiario había terminado de roer su pan y vaciado su bota de vino, y desde la piedra en que se hallaba sentado, me miraba fija, torvamente con su inquieta mirada de fiera en acecho...

Un pensamiento me llenó de sobresalto: la soledad del lugar...; aquel hombre allí, junto a mí...; su mirada inquisitiva que no se apartaba de mi persona...; todo esto me dió miedo, sí, lo confieso; sentí miedo...; No se fraguaria algún siniestro propósito dentro de aquella bronceada frente que oprimía la dureza de su ceño, hosco, amenazante?...

Estuve tentado de levantarme e irme; pero un pensamiento me contuvo. En mi espíritu se desarrollaba una lucha entre la fantasía, que me presentaba un peligro terrible, y la razón que me obligaba a guardar serenidad. La fantasía, me decía: «¡Huye! ese hombre quiere asesinarte! ¡Es un presidiario!...». La razón, por el contrario, me decía también: «Y si ese hombre no abriga ningún pensamiento malvado contra ti y tú huyes, ¿no le causarías una grave ofensa, evidenciando así un hecho delictivo que no existía en su mente?...»

Y esta lucha de sentimientos, estas dos fuerzas impulsivas, igualmente vehementes pugnaban en mi cerebro, en uno de esos sordos combates contra los cuales todo lo ha de hacer la voluntad. Y mi voluntad se impuso, domando mis ideas.

Yo veía cerca de mí a aquel hombre; sentía toda la fuerza penetrativa de su mirada, que, como un extraño mundo de acechanzas y peligros, se cernía sobre mi cabeza. ¿Debia yo huir, esquivar aquella mirada, para avergonzarme más tarde de mi debilidad, de mi cobardía?... ¡No, no!... Yo tenía que permanecer allí, sucediese lo que sucediese; confiado, sereno, aguardando impasible el golpe que el Destino me deparase... Pero, ¡ah!, nuevamente mis temores me hacían tender la mirada en torno receloso de aquel hombre...

Empero, en esta lucha, como en tantos otras de mi vida vencí... Recliné la cabeza contra el tronco del árbol y me dispuse a dormir...

Y entonces sucedió algo inaudito, algo terriblemente hermoso por su grandeza: con los ojos profundamente apretados, pretendiendo vanamente dormirme, conteniendo los latidos de mi corazón, yo ví, cómo el presidiario se levantaba de su tosco asiento, y lenta, muy lentamente se aproximaba a mí, fulgurante su mirada horrenda, en la que brillaba no sé qué de monstruoso... Con los ojos de una visión interior, yo le veía avanzar cauteloso hacia el árbol, y en su ademán había toda la fiereza de una amenaza...

Sentí irresistibles deseos de gritar, de incorporarme y defenderme de aquel hombre que iba a matarme villanamente; pero un imperativo soberano enmudecía mi garganta y paralizaba mis movimientos...

Me acometió un vértigo cuando, ya cerca de mi rostro, sentí el calor de su vaho, de su criminal aliento, y quise gritar...

¡Qué horrible, Dios mío, qué horrible momento!...

Ya sentía el contacto de sus manos sobre mi cuerpo, y con los ojos cerrados, veía la figura inclinada del asesino, dispuesto a asesarme el golpe fatal...

Y entonces, como si el cielo se abriese en el esplendor de su azul maravilloso, como si un coro de ángeles salmodiase en torno mío, las más divinas estrofas del poeta mantuano, como si aspirase el más delicioso,

el más exquisito de los perfumes, abrí los ojos...

El presidiario había depositado sobre mi frente, el beso de gratitud de un alma honrada, de un corazón lleno de santo reconocimiento...

Esta es la más sublime emoción de toda mi vida—dijo don Miguel deteniéndose al final de esta parte de su relato.

Esto me hizo alentar en mi propósito. ¿Obstáculos?... Muchos, muchísimos; algunos de ellos, al parecer, insuperables...

Pero el ferrocarril avanzaba... Dentro de algún tiempo, un hábito enorme de vida, circularía por aquellos campos y llevaría en el seno de las locomotoras todo el vigor, toda la energía que hacía falta para despertar a un pueblo de su letargo indolente.

Aquellos pueblos nacerían de nuevo.

Cuando las obras ya estaban bastante avanzadas, sucedió un feliz incidente que vino a aumentar el éxito de la empresa. Una desviación subterránea del río Júcar, bastante caudalosa en aquella parte, fué aprovechada, encauzada convenientemente, haciéndola servir para el riego de las tierras.

Aquello fué un feliz hallazgo, pues hoy, una extensión de veinte kilómetros cuadrados, son bañados por las aguas de esta desviación.

Se han abierto surcos en la tierra; el agua serpentea por ellos y riega lo poco que todavía se siembra. El ferrocarril sigue avanzando, avanzando siempre... Sobre aquellos campos se veigüe la esperanza de una nueva vida llena de riquezas...

Es como el despertar de un sueño; hay actividad, trabajo en las llanuras. La alegría del vivir sin inseguridades, sin zozobras por el mañana, empieza a resplandecer paulatinamente en las facciones de millares de seres.

Y el ferrocarril sigue avanzando...

Empezaron a sembrarse las grandes extensiones de tierras, libres ya de sus impurezas; el primer año la cosecha fué nula; el segundo igualmente; el tercero dió ya sus productos con magnanimidad... Y después...

Después, pasaron diez años; y el yermo dejó de serlo; los rostros se han tornado coloradotes, llenos de salud...

Todo, todo ha cambiado la fisonomía de aquellos pueblos. Tienen agua, y tienen la vida que el camino de hierro les lleva!...

IX

EL FRUTO

«Todo lo puede esperar el hombre mientras vive...»

SENECA

«El Caballero de las Violetas»—me han llamado algunas veces—, me dice el personaje real de esta historia sencilla; porque aquellos que han sabido cómo se fué fabricando en mi alma la ilusión, piensan que mi obra fué sobrehumana, y que yo fuí un paladín.

¡Nada de esto! Las obras humanas sólo tienen un valor en su propia trascendencia moral... Yo hice felices a unas gentes; yo di vida a unas tierras sedientas; yo sembré copiosamente...

—¿Pero esto qué importa?... ¿Conseguí yo mi intento? ¡Sí, sí lo conseguí, y esto es lo verdaderamente interesante. El fin justifica los medios... ¿Qué es lo que yo me propuse? Dar vida y aroma a unas violetas y color de salud al semblante de María...

Pues bien; lo conseguí, lo he conseguido ampliamente.

María, la dulce María, es hoy madre de tres robustos niños...; y las violetas...; las violetas ya no son aquellas tristes violetas marchitas...

LA SEGUNDA EXPEDICION DE CATALANES A ORIENTE

Por CASIMIRO GIRALT

X

Balbucoos sobre arte egipcio.

Sadha no pareció más por el teatro. Tampoco hice yo nada por verla a pesar de que su recuerdo era un aguijón clavado en mi cerebro. Hería la célula con dolor intenso y reflejaba en mi pecho una extraña sensación de ahogo.

Me sentía invadido por una rara pesadumbre. Me había acostumbrado a ella. Hubiera deseado verla como antes. Estaba seguro que acudiría a mi llamamiento.

No la llamé. Un temor quizás pueril me lo impidió. Temía desvanecer el hechizo de aquella noche blanca de luna en las Pirámides, que seguía viviendo en mí, misterioso y perturbador con el «hatchist» que fumé con ella y que me hizo levantar de la cama, al caer de la tarde siguiente, con sabor amargo en la boca, con un agudo dolor en el occipucio...

No la llamé. Hubieran bastado unas líneas que no quise escribir. Prefería saborear la nostalgia de su ausencia, temeroso de que la realidad del desencanto me robase un recuerdo que habría de acompañarme para siempre en mi ruta por la vida...

El arte del Egipto antiguo me había impresionado profundamente.

Ejercía en mi ánimo una fascinación poderosa. Sentíame, de tal suerte, subyugado, por la inquietud vivísima de descubrir y admirar a diario nuevas maravillas de aquella civilización perdida en el misterio remoto de los siglos, que bien pronto hube de olvidar a la pequeña Sadha.

Mi falta de preparación, no obstante, para apreciar debidamente las bellezas artísticas que se ofrecían a mis ojos, poníame frenético. Reconocía mi pequeñez, mi insignificancia, y me rebelaba contra ellas. Me atormentaba la idea de cómo había podido vivir tantos años en la ignorancia de aquellos gigantes tesoros, cuando el conocimiento de tanta cosa mediocre e inútil había casi siempre llenado mi espíritu de viva inquietud. Me sentía humillado ante la inutilidad de tanto tiempo perdido y maldecía la condición humana, vanidosa e idiota, que nos hace creer en posesión de todo conocimiento, cuando, en realidad, carecemos casi de las más elementales nociones de tantas cosas admirables...

Nos disculpa la realidad fatal de que la vida humana es, en verdad, muy corta. Nos asomamos a ella, como el pasajero se asoma a la ventanilla del tren, durante los cortos momentos en que se detiene en una estación. Vuelve de nuevo el tren a emprender su marcha y nuestro sitio es reemplazado por otro mortal, que como nosotros, iluso, se creará: ilustre, eminente, famoso, entendido, notable, ejemplar o insigne, siendo así que el tren de la humanidad, devorando el tiempo, ofrece solamente a cada viajero desde sus ventanillas, horizontes limitadísimos y escasos...

Comprendí, entonces, ante la realidad maravillosa, que las concepciones fundamentales del arte egipcio, hubiesen obrado una verdadera revolución en el sentimiento artístico del mundo, cuando surgiendo de las arenas del desierto, resucitada por la búsqueda

incesante de hombres ilustres, aparecieron de nuevo a la vida para asombro de la humanidad.

Me explicaba que los sólidos principios de la Antigüedad clásica y del Renacimiento, únicos periodos que se consideraban realmente perfectos en los albores del siglo XIX, sufrieran una evidente conmoción ante la admirable sencillez del arte egipcio. maestro en todo aquello que de elemental existe en la percepción y en la visión.

La recta vigorosa y la curva suave y delicada que bastaban a veces a toda una composición constructiva; los colores puros que rechazaban en pintura la complicación de un «metier» de gradaciones infinitas y el contraste de colores con que la fantasía oriental entendía la luz y la sombra en la plástica, forzosamente habían de admirar y cautivar al mundo artístico moderno violando leyes que parecían dogmáticas e indestructibles.

En escultura, sobre todo, se tendió hacia la forma homogénea, rigurosamente estatuaria, abandonando o poco menos la forma animada, y los clásicos que consideraron las esculturas egipcias como ensayos imperfectos y sin vida, testimonio de la impotencia de sus autores, para reproducir el movimiento, hubieron de declararse en derrota, arrollados por la nueva concepción que llegaba triunfante del Egipto remoto.

Y es que el egipcio, como pueblo alguno, llegó al dominio de la plástica pura, de la cual sus artistas no podían sustraerse, disciplinados inflexiblemente por la religión, mediatizadora de su arte y celosa guardadora de sus formas tradicionales.

El arte egipcio era, por lo tanto, tradición y dogma y este sentido riguroso de la plástica pura se observa en sus figuras de poses inmóviles—expresión estatuaria la más noble—, en las cuales predominan constantemente, como elementales características, los contornos cerrados y los volúmenes compactos, con evidente indiferencia por el detalle y la estructura, y con exclusión de psicología, emoción y acción en el sujeto. Estas poses inmóviles, por otra parte, eran indispensables a sus gigantescas estatuas, pues las figuras en movimiento, contrarias al buen sentido, habrían comprometido o destruido, el efecto artístico de la obra.

Tampoco la escultura egipcia encerraba en sí misma, como la moderna, un sentido y una finalidad. Se limitaba a formar parte del conjunto artístico, concebida para responder admirablemente a la medida, color y línea del emplazamiento. Esta purísima idea del conjunto, con evidente perjuicio de la singularización de la parte, no sólo se observa en las obras colosales, templos y monumentos; refléjase, también en las losas de los hipogeos, en las placas de triunfo, en los vasos de los reyes y hasta en los más primitivos de arcilla, en los cuales las figuras obedecen al objetivo de realzar la belleza abstracta del objeto, dentro de sus líneas integrales.

El artista egipcio, cual ninguno de la tierra, renunciaba a la ostentación de la propia personalidad, se resignaba a lo sumo al aplauso de sus contemporáneos y legaba

al anónimo, en la posteridad, su obra gloriosa.

¡Hermosa lección de grandeza, en unos hombres que, ante todo, poseían el sentido de lo inconmensurable y sus obras tendían a la inmortalidad!

La arquitectura, la escultura y también la pintura—pues toda la arquitectura y la escultura egipcias se iluminaban de cálidos y fuertes colores, que acusaban los acentos plásticos de la obra, hasta donde no podía llegar la forma—; la arquitectura, repito, en conjunto armónico y perfecto con la escultura y la pintura, usaban de formas geométricas que aseguraban su unidad y su solidez, como la aseguraban y garantizaban los materiales de sus construcciones, la mayor parte de dureza tan extraordinaria como el granito, la diorita y el basalto. La dureza de estos minerales secundaba la pureza fundamental de la obra, pues forzaba al artista, por hábil que fuese su buril, a tratar la figura por grandes trazos simples, disciplinando constantemente su fantasía plástica.

El arte egipcio, aun datando de 10.000 años, iguala en belleza a las obras artísticas de todos los tiempos y vive en nuestro arte actual, hasta en sus concepciones más atrevidas. Mejor dicho, en nuestro arte actual quien vive en él, torpe y balbuciente aún, parásito de su vigor inmortal, en espera, quizás, de deseada percepción de formas desconocidas que reflejen el espíritu del día y del hombre moderno, en su expresión artística definitiva.

¿Qué otra cosa es si no, nuestro decantado arte mediterráneo?

¿Acaso el principio fundamental de Cézanne, no parece dictado por un sacerdote egipcio, celoso guardián del dogma tradicional?

«Es preciso tratar la naturaleza por el cilindro, la esfera, el cono, el todo encerrado en perspectiva, de suerte que cada lado de un objeto, de un plano, se dirija hacia su punto central. Las líneas, paralelas al horizonte, dan la extensión. Las líneas perpendiculares al horizonte, darán la profundidad».

¿La propia definición del cubismo, no parece arrancada de los métodos de composición de los relieves egipcios?

«El arte del dibujo consiste en fijar las proporciones entre líneas rectas y líneas curvas».

¿Qué otra cosa que arte egipcio es el arte ruso que ha conmovido el mundo recientemente?

¿Acaso la música, la literatura y la poesía han podido tampoco sustraerse a la impetuosa corriente del arte nuevo—singular paradoja—, del Egipto viejo?

¿Las artes aplicadas, no han respondido igualmente a la poderosa influencia?

Napoleón al llevar a París el primer obelisco faraónico, sumía a su patria y al mundo al yugo de pueblo que creyó esclavizar.

El trofeo, tornábase cadena; el esclavo, vencedor. Diez siglos de civilización eran algo más poderoso que sus ejércitos triunfantes. El caudillo pudo morir en Santa Elena sin percatarse de la más insospechada de sus derrotas.

ARTE POPULAR

VERSEROS Y VERSOLARIS

Por FELIPE ALAIZ

La controversia empeñada hace tiempo entre el academicismo y los partidarios del arte popular, carece de verdadero contraste por el hecho de que toda elaboración privada de vitalidad artística pasa desapercibida para los mismos comentadores populares o se desfigura casi siempre en la rutina de cualquier festival.

Excepción muy honrosa es Ramón Menéndez Pidal por su aportación concienzuda y por el hecho, verdaderamente raro de que la erudición no es en el gran comentador del Poema del Cid, farrago ni aparato de tormento.

Menéndez Pidal, ha puesto en claro, adentrándose por la selva intrincada de la poesía clásica, erudita y popular, las raíces más puras y los rasgos más sabrosos de romances, cántigas serranas y «dijendas» del pueblo.

Menéndez Pelayo negaba la existencia de una lírica popular en España, ateniéndose tal vez al texto del famoso Cancionero de Baena. Pero Menéndez Pidal probó en una admirable conferencia (Ateneo de Madrid, noviembre de 1919) que remontándose a la poesía anterior al marqués de Santillana y hasta sin salirse de la familia de Santillana, ya que el abuelo y el padre de aquél cultivaron la afición a la poesía popular, se podían hallar muestras tradicionales aunque reducidas y condensadas, de la floración espontánea y poética que el pueblo cultiva, mejora y refina a despecho de imitadores y mixtificadores eruditos.

Tales muestras no están incluidas en el Cancionero de Baena y de ahí la equivocación de negar la lírica popular.

Es indudable que lo popular en música, ofrece un paralelismo de verdadero interés

con la poesía. Barbieri recopiló tesoros dispersos del canto popular, pero su obra está incompleta en los archivos.

En nuestro tiempo puede presentarse a la admiración de los entusiastas la magnífica labor de Falla que estudia con tino, solidez y gusto refinado las manifestaciones populares actuales que se derivan de una tradición sin maceros ni cronistas officiosos o «tentados» como dicen en América.

En Cataluña y en el país vasco, se hace la labor de verdadero mérito, estímulo y ejemplo.

Y no será ocioso decir que lo popular se conserva limpio y puro en zonas extensas del país. Ejemplo eminente es la existencia de verseros y versolaris que improvisan seguidillas, «coplas de picadillo», jotas que no han de figurar en vulgares festivales, coplillas y boleros cantados. Todo el siglo XIX tan calumniado es una perspectiva de españoletas y cantos comarcales. En el siglo XIX, aparte la labor de Barbieri, se hallaron claves de guitarra y reproducciones de cantos que bien podrían darse a conocer sin recorte ni tapujos. La didáctica de la guitarra, tan cultivada en Cataluña y en Andalucía, ganaría mucho enriqueciéndose con valores que están al alcance de la mano en los archivos y en la vida del pueblo, cuando éste «habla en roman paladino, como suele el vecino hablar con el vecino».

En el Norte de España, mosaico de comarcas que son verdaderos veneros de arte popular, existen verseros y versolaris. Estos en el país vasco; los verseros en las tierras aragonesas. León es una región de gran riqueza folklórica, tal vez la que mejor conserva las tradiciones populares auténticas — ¡dígalo el maestro Villa—.

Algunos motivos populares de España llevados a América en los siglos XVIII y XIX han sido traídos de nuevo, pero desnaturalizados, incluso por el gracejo criollo, que tiene también su Cancionero poco menos que inédito.

En Galicia se escribió la «Estética de la muñeira» Por tierras de Salamanca o este

cantar:

En la voz se conoce
La que está virgen...
Tiene la voz delgada
y el tono triste.

«Voz delgada» es una expresión típicamente popular, voz de romancero.

En Estadilla, pueblo situado en la frontera fonológica del catalán, hay un versero, cuya producción ha honrado las columnas de los periódicos. La producción y el elogio.

Y en el pueblo de Fleta—Albalate—vive el versero «Sidro» que «se ha sacado de la cabeza» estilos de jota y coplas en abundancia, poesías laudatorias y romances. «Sidro» es un labrador tan entusiasta de sus canciones, tan emocionado y al propio tiempo tan discreto, que se aburre en los festivales y compuso estas estancias impregnadas como se verá de melancolía ferviente:

Miguel...
Los dos sembramos.
Yo perdí la simiente
somos hermanos
Hoy florece
La cosecha es tuya.
Canto de labrador
La mejor buenaventura...

EL TRAJE NONADAS Y NADERIAS

Por DOMINGO DE FUENMAYOR

En el bolsillo del frac olvidado, había un carnet de baile. «Carnaval de 1906». Y una viñeta de una pareja recargada de perifoneos. En la lista de bailables, vales, polkas, lanceros. Y con lápiz, esta nota: «Julianita, a las 6», escrita nerviosamente.

Julianita tiene ahora cincuenta años, un reuma que no la deja andar y un genio de todos los demonios. Y el frac que guardó el secreto de la lejana noche de amor, hace una pirueta burlona y escéptica, agitando sus faldones en el fondo del guardarropa.

Los chalecos no se rompen nunca. Pero no se abandonan, ni se dan a los pobres, ni sirven tampoco para hacer rodillas.

Son una prenda eterna que va aumentando terriblemente en número al correr de la vida.

Cuando seamos viejos tendremos «una enfermedad» de chalecos.

En los cambios de estación, ¡qué alegría deben sentir en el fondo de los baules los trajes de la estación que llega!

Todos hemos comprado un traje muy malo que nos ha costado carísimo.

De día en día vemos, doloridos, cómo se rozan los pantalones, cómo se conyiernen en bolsas las rodillas y los codos.

Pero no se lo decimos a nadie. Sufrimos en silencio nuestra desdicha. Es una tortura solitaria como la de esas pobres muchachas, que se aperciben de las consecuencias de un desliz que no han de poder confesar a nadie.

Cuando se murió el viejo paralítico, que había pasado ochenta inviernos tomando el sol tras los cristales de su camaranchón, su abrigó, más viejo que él, quiso sobrevivirle.

Yo lo miré cómo se resistía, agitando las manos, levantando las carteras de los bolsillos, tal que orejas de rucio espantado, a que lo lavaran. Y luego lo vi, tendido al sol del invierno ochenta y uno, hinchado y sucio aún, como un ahogado.

¿No os habéis encontrado nunca con una americana grande, inmensa, «descabalada», que no recordáis cuándo ni donde la comprásteis?

El traje, es nuestro amo. Le tenemos cobardemente y le respetamos con hipocresía servil.

Cuando el traje es nuevo, y por lo tanto joven, no nos atrevemos a sacarle defectos, aunque los tenga por docenas.

En cambio, cuando llega a viejo, cuando no puede defenderse, ¡cómo nos desquitamos del odio contenido!

—¡Uf, que traje más antipático! ¡Es un traje que no me ha gustado nunca!

Y lo olvidamos en el último rincón de la casa.

Cuando murió María Sol, tenía veinte años. Pero en veinte años había vivido mucho María Sol, y se murió de vieja, como el viejo del gabán.

A María Sol, la sobrevivió su camisa. Una camisa mínima y leve, de los buenos tiempos. La camisa de María Sol, «estaba viva». Al tacto, dejárase que aún palpitaba bajo ella la carne, buena amadoría. Y olía a juventud.

La proyección del paisaje

Por ANTONIO DUBOIS

Paz y orden nos dice eternamente el paisaje. Paz y orden son los fundamentales conceptos que al abrir el día nos sugiere Naturaleza. Todo se repite. El sol aparece por el mismo punto del horizonte, canta el gallo, sestea el perro con precisión casi cronométrica, cruza el espacio la misma bandada de pájaros, comienza el concierto de las cigarras con exacta puntualidad. Todo es orden, y paz. Las fatales leyes naturales se cumplen.

Pero el Espíritu se ha rebelado contra ese orden y ha ido socavando el imperio de las leyes naturales. La Civilización no es más que una derogación o rectificación de los cánones fatales. El hombre, satánico, no se ha sometido y ha modificado la Naturaleza. Se ha enseñoreado el Espíritu del mundo y su gran atributo, la libertad, ha creado el orden moral, juego libre de actividades frente al fatalismo de las leyes naturales.

Contemplando esta inercia, vemos con claridad dos principios: libertad y orden, elementos dramáticos de la historia. A un espíritu progresivo esta quietud del paisaje le afirma en el sentimiento de la libertad, generador de la vida y observa cómo la ordenación rígida y fatal hubiera detenido la evolución en los grados inferiores de la animalidad. Todas las teorías políticas basadas en un estatismo agudo, un autoritarismo extremo o en la negación de la libertad, se aproximan a esos estados rudimentarios de civilización y pretenden hacer de la sociedad un trasunto de la inmovilidad de la Naturaleza.

Muy cerca de mi estancia, por estos parajes maravillosos de la vega murciana, mo-

ra un hombre, encarnación del espíritu conservador. Al levantarse mira el paisaje y se siente dominador de él. Poda su árboles, riega y abona, ayunta a los animales, alumbrá aguas, empareja sus centenares de palomas y ve con deleite cómo se cumplen todas sus disposiciones y cómo responden animales y plantas a sus designios. Duerme tranquilo en medio de este orden mecanicista y fatal. Pero ¡qué diría el célebre político murciano, si un día viera que sus pinos habían echado a andar y pretendían desalojar otros árboles ricamente asentados en jugosas tierras de regadío? Este hombre se estremecería y avisaría al puesto de la Guardia civil, casualmente situado en los alrededores de su hermosa finca, para que hicieran fuego sobre los pinos.

Este tipo de hombres, reacciona ante la quietud del paisaje en movimientos no simpatizantes con la libertad. El automatismo de la Naturaleza va construyéndoles su concepción política que se enuncia en un estatismo que niega la individualidad. Quieren clasificar a los hombres como un zoólogo o un botánico clasifica plantas y animales, y aplicar a cada casta de hombres los convenientes abonos, y tasar la ración nutritiva, y podar en el árbol de la libertad, y dirigir la cría humana como se dirige la cría de cualquier especie inferior; y manejar metódicamente la hoz y la reja. Son estos hombres los que han formado ese Himalaya de leyes y ordenanzas, que suelen ser perfectos manuales de zootecnia.

El paisaje produce las dos reacciones: su quietud, su orden, su mecanicidad o reafir-

ma el sentimiento de la libertad, creador del mundo moral, o vigoriza el sentimiento autoritario, generador de todas las esclavitudes, trasunto de la esclavitud en que vive la Naturaleza. Mundo moral y Naturaleza, Espíritu y Materia, Libertad y Autoridad, son los términos antitéticos. Y todo el inteligente esfuerzo humano viene dirigiéndose para hallar fórmulas para armonizarlos. Eso es el liberalismo. Y los excluidos de ese ámbito de armonización caen, fatalmente, en la dos aberraciones sociológicas: anarquía o tiranía.

Estos dos modos de reacción de la quietud del paisaje sobre el hombre, produce diferenciadas actitudes. A unos, cualquier crisis del Espíritu les causa en estas soledades, frente a la inmovilidad de la Naturaleza, el más punzante dolor. A otros, cualquier amenaza a la autoridad o al orden, les saca de su reposo y se apresuran a formar en el salvamento.

Son ambas, actitudes lógicas, derivadas de lo más profundo de la conciencia, consecuencia de la proyección del mundo sobre nuestro espíritu.

La soledad de este misterioso paraje, la inmóvil Naturaleza, la quietud de los campos, el profundo silencio de la montaña, han hecho esta crónica. Y se ha forjado en una de esas mañanas transparentes, cuando apenas salido el sol, caminábamos por estos luminosos montes y atalayábamos a don Juan de la Cierva y Peñafiel, fuerte como el más robusto de sus pinos, en la torre de su bella heredad, mirando, altivo, la hermosa vega, como un rey moro contemplara desde el Alcázar las tierras conquistadas.

CRITICA ARBITRARIA

EL DR. JUARROS Y EL AMOR

Por SANTIAGO ESPINEL

Los hombres de este siglo somos unos hipócritas redomados. Nos hemos vuelto maestros en el arte de fingir. Nuestro fingimiento sistemático nos lleva a extremos inconcebibles. Nos pasamos la vida disimulando. Y eludimos todo contacto con los temas, inmutables y eternos, que mueven los hilos de nuestra existencia. Me refiero al amor y a la muerte.

El tema de la muerte no suele inspirar muchas conversaciones. Le tememos. Y cuando surge, pavoroso, ante nosotros, nos limitamos a imitar al avestruz. Quiero decir que escondemos la cabeza bajo el ala del miedo.

En cuanto al amor, ya es otra cosa. El celtibero castizo, habla del amor con una frivolidad rayana en la inconsciencia. Y se complace—eterno aspirante a Don Juan—en adornarse con las plumas del pavo real que todos quisiéramos ser cuando se trata de deslumbrar a la hembra con el gran abanico tornasolado de nuestra cola de imperterritos conquistadores.

Hay que reconocer, no obstante, que, en el fondo del alma que nos aguanta, el amor y la muerte nos inspiran el mismo pánico.

La muerte es fea. No hemos sabido idealizarla. Se nos aparece rodeada de tétricos cantos funerales y adornada—¡adornada!—con la guardarropía teatral de las agencias funerarias.

En tales circunstancias es natural que no queramos hurgar demasiado en su misterio.

El amor, en cambio, se nos muestra como una rosa alegre y frívola. ¡Pura apariencia!... No hay tal. Si fuera frívolo, alegre y pasajero, no nos amargaría la vida con sus imperativos, ni nos tendría esclavizados con cadenas que—antes de su metempsicosis inevitable—se nos antojaran guirnaldas de rosas.

La gente vulgar elude estos temas pavorosos. O bromea sobre ellos, a costa de ellos sin reparar en que se engaña.

La gente del pueblo, en Madrid, suele decir cuando ha ido a velar un cadáver:

—Anoche estuve velando el fiambre.

Muñozequismo puro. Superficialidad. Bambolla. Cuando pronuncia la frase humorística, la procesión va por dentro.

Y si se trata del amor dice, en la tertulia del café:

—Ayer conocí a una morena descacharrante. ¡Nada!... Hecho. Esa corre de mi cuenta.

Sigue la broma.

—¿Dónde vive?

—¡Se ha «mudao»!...

La víctima del amor, el pobre hombre preso en las redes del amor, intenta aturdirse a sí mismo con inocentes chanzas.

Le pasa lo que con la muerte. El «fiambre», la «conquista»... En vano intenta dar a sus preocupaciones fundamentales un aire mundano de indiferencia. No lo consigue. El amor, como la muerte, le obsesiona terriblemente.

Nuestros intelectuales callan. No abordan el tema en serio. Le arañan un poco, le hacen cosquillas. Y creen cumplido su deber.

Un día nos salió el doctor don César Juarros con un libro que a los pusilánimes les puso carne de gallina. Título: «El momento de la muerte».

—¡Qué barbaridad!... Yo no leo eso.

Estoy seguro de que muy pocos lo leyeron. Y era un libro admirable. Un libro admirable y valiente en el cual se dicen verdades como puños.

El libro que el Doctor Juarros acaba de publicar ahora, tendrá mucho más éxito que el otro. Aparentemente, el tema es capaz de atraer a los frívolos. Se titula: «De regreso del amor».

Nada de muerte aquí. Amor. ¿Quién no se decide a hojearlo?...

Amor es el tema de todas nuestras hipocresías de falsos conquistadores. Es la tapadera de nuestras bajezas de hipócritas redomados. Es la poesía amañada que cubre con triple cinturón de rosas los imperativos del instinto.

El Doctor Juarros afronta el problema del amor con lealtad, con honradez y con una sinceridad verdaderamente ejemplar.

El amor se nos muestra en su libro con

las mismas galas con que la verdad sale del pozo. Lo que nunca, ni en nuestro fuero interno, nos hubiéramos atrevido a reconocer, no podemos ahora rechazarlo.

«De regreso del amor» es un espejo. Poco importará que alguien, airado, lo arroje. Lo que importa es arrojar nuestra hipocresía.

El amor andaba entre nosotros muy pintarrajeado. Adoptó las modas del siglo. Perfumó sus flechas. Quiso vestir a la última moda. Y hasta se atrevió a ponerse antifaz.

Pero el doctor Juarros es, ante todo, un hombre sincero. Y se dijo: «¿Qué pretende ese farsante?... ¡Alto ahí!... Por sus engaños no paso». Se agarró por las alas como a un palomino, le quitó los lazos, le sumergió en el «agua castalia», le restregó el rostro hasta quitarle todo el colorette, libró sus flechas del moho de la hipocresía, le quitó la venda de los ojos—la falsa venda de falso hipnotizador de circo—y ahora le vemos tal y cómo lo lanzó Venus al mundo.

Yo le he dicho, en mi primera entrevista, después de haber leído a Juarros:

—¿Cómo se llama usted?

—Amor.

—¡Vamos niño!... ¡Si le conoceré yo! Usted se llama Instinto. Nada de romanticismos aquí. ¡Instinto!

—¿Usted cree?

—¿No he de creer, majadero?... Instinto. Ni más ni menos.

—Y, dígame usted. ¿salgo perdiendo?

—¡Ca, hombre!... Todo lo contrario. Las cosas deben llamarse por su nombre. Ahora me explico todo el mal que has hecho y conozco todo el que puedes hacer.

—Es que yo...

—Sí, ya sé. Tú no tienes la culpa. Los que hemos pretendido disfrazarte, somos nosotros, tus propias víctimas. Tú puedes hacer el bien—un bien inmenso—a condición de que te muestres tal cual eres.

El Doctor César Juarros con su libro «De regreso del amor» ha hecho un gran bien a la humanidad.

Madrid-Octubre del 1926